

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

44

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUNETENARIO IOA

En esta mirada a las familias troncales, hay que señalar una implícita característica que, con el paso de los años les va caracterizando: son familias con signos matriarcales.

Y esta afirmación, que la conocí y sentí en el transcurso de toda la vida, no es artificiosa ni rebuscada. Los Cisneros –y por extensión toca a muchas otras numerosas y respetables familias troncales-, constituyen una en la que predomina la presencia materna. Es una forma de sutil matriarcado que puede ayudar a entender el entramado social. En la familia, la mujer, sin externas presencias, es la que determina roles y comportamientos de sus miembros.

La mujer, desde siempre, fue protagonista principal de la historia de estos pueblos. Antes, compartiendo la acción de formar un reino; luego, llorando a los hijos y esposos devorados por la codicia y la ambición colonial. Ayer, acompañando a sus hombres por los caminos de la naciente patria, de guaricha, con los soldados de la libertad, amando y muriendo en tierras distantes y más ajenas que la propia. Muchas, quizá, para retornar solas y no exentas de la nostalgia porque la libertad cobró el tributo de sus amados, o con niños pequeños nacidos de la pasión; que lucharon para verlos crecer y formarlos con el mensaje de que, a su tiempo, participen de la permanente tarea de vivir con la dignidad que identifica a una sociedad justa, tarea para la que lucharon.

La mujer no ha estado exenta de participar en este proceso de desarrollar nuestros pueblos y pongo el caso que me es más conocido, el de Otavalo.

La principal fuerza laboral proviene de ella. A sus tareas del hogar, ya duras de por sí, en no pocos casos deben añadir las requeridas para la subsistencia familiar. Se vuelven, entonces, panaderas, cocineras, costureras, tejedoras, en oficios que las dignifican. Otras se incorporan como obreras de una industria textil que crece y se desarrolla. Pero, a la vez, terceras, no olvidan la tarea de solidaridad social y se lanzan, con empeño, en su cruzada de amor a los niños, a construirles guardería infantil y parques recreacionales, a procurar dignidad para los años finales de quienes llegan a la vejez desamparados de bienes y afectos.

Las características de unidad, respeto, afecto, solidaridad, honradez, tolerancia, que conforman la identidad familiar, las van marcando ellas, las mujeres madres.

Ellas administran economías y patrimonios y enseñan responsabilidades. Aproximan a la vida religiosa, fundamentalmente a la católica, pero no imponen, lo hacen con discreta participación e insinuación, y, miran con respetuosa tolerancia, digresiones o escasa intensidad de participación.

Se vuelve imperioso y grato este afán de Fernando Jurado de darnos una aproximación real a la urdimbre de nuestra sociedad a través del conocimiento de las familias. Acompañándolo en esa búsqueda, es posible aproximarnos a lejanas abuelas hasta hoy anónimas que nos cobijan, sin duda, a muchos que hoy parecemos distantes.

Como decía Rosalía de Castro:

*No está mi casa desierta...
No está desierta mi estancia...
Que aunque no estés a mi lado
Y aunque tu voz no me llama,
tu sombra, si, si...tu sombra,
tu sombra siempre me aguarda...*

NUESTROS ANTEPASADOS

Fernando Jurado



Los antepasados son como un aluvión: caen en resacas interminables.

15.000 hombres y mujeres de la época de la conquista, muestran los más abigarrados matices. Están ahí la violencia y la ternura, el poder y el yugo, el bofetón y la caricia. Por eso, en nosotros los americanos, bulle la rebeldía con la agresividad y una pasividad a veces peligrosa.

En el tronco de los Cisneros -vía Bustamante, Velásquez y Terán- y en el de los Jaramillo -vía Terán, sobre todo,-, se levanta la figura de uno de los grandes troncos de nuestro mestizaje: Sebastián de Benalcazar. Burdo y mujeriego, manipulador y ambicioso, buen padre y mal amante, colonizador infatigable. Su imagen es, simplemente, el reflejo más nítido de un hombre del siglo XVI.

LAS MADRES SOLTERAS QUE TRANSMITEN SU PROPIO APELLIDO.

Fueron motivo de ocultamiento durante larguísimo tiempo o simplemente se las ignoraba. En el fondo eran mártires y modelos de existencia, no escondían a sus hijos, no los entregaban en Casas de Expósitos para ocultar una vivencia, decidían criarlos con su propio apellido.

De ellas han salido esclarecidas familias y vástagos de primera, pues las incomodidades sociales suelen generar grandes cosas. Gentes pacatas, suelen decir que sus productos biológicos son “amargados sociales”, pocas veces se escucha algo tan superfluo. La amargura no genera nada, se queda en ella. La frustración bien manejada puede generar maravillas.

Se me permitirá citar dos ejemplos: doña Rita Flores Bohórquez fue madre del Gral. Juan José Flores, generador de una importante familia de talla internacional que va de Ecuador a Chile, México, España, Francia, etc. Fue abuela del presidente Antonio Flores Jijón, bisabuela de los Stagg Flores que dirigieron

la banca de Guayaquil en el siglo XIX, tatarabuela de Manuel Jijón Caamaño, líder del partido Conservador y Presidente del Congreso Ecuatoriano en 1956.

El otro: doña Úrsula Estrada Montanero, quiteña, fue madre de Manuel y José María Estrada entre otros. El primero fue gran comerciante en Guayaquil y tronco de una dinastía ejemplar. El segundo, gran líder liberal en Quito, con amplia participación en los sucesos de agosto de 1875.

En el contrapunto de esas madres ejemplares, están obviamente esos padres con total sentido de irresponsabilidad en los que América fue experta en formarlos. El gran historiador argentino Narciso Binayán Carmona decía que en este continente un hacendado argentino típico dejaba 50 hijos, de seguro los 45 sin el apellido del padre.

Ignorar a estas señoras es pecado contra la humanidad, como decía Martí.